

El privilegio del vuelo vs los sistemas de vigilancia ciudadana

Antonio García Velasco

UNA VEZ hubo un párroco en la Iglesia del Carmen que tuvo el gran privilegio de mirar el mundo desde arriba.

Cuando quería se elevaba hacia el cielo y, desde lo alto, atisbaba la ciudad, sin perderse ni un ápice de la perspectiva que le permitía la altura.

Así que planeaba como las aves rapaces por la torre de la Catedral, se fijaba en las gentes que recorrían las calles o acudían a los mercados, a las tiendas, a los bares o, acaso, a las librerías.



Era como un vigilante del comportamiento de los habitantes de la ciudad. De sus observaciones sacaba los temas y los ejemplos para preparar sus sermones y, de ese modo, se convirtió en el predicador más sabio y famoso de la ciudad y de la provincia.

Pero, un día, mirando como siempre a los humanos como si fuese un dios, sobrevolando por encima de un edificio, vino a clavarse en la veleta del tejado. Nadie podía explicarse lo ocurrido, aunque muchos pensaron que era un santo despistado que levitaba.